

la heredad de Gimioncourt, de la otra por el bosque de Bossú, y concentraba sus fuerzas en el camino real, podía ó por lo menos tenía probabilidades de poder establecerse en los Quatre-Bras; y dividiendo la línea de los ingleses en dos partes, una de las cuales sería internada en el bosque de Bossú, y la otra rechazada por la calzada de Namur, ponerlas en la imposibilidad de reunirse. Con efecto, el duque de Wéllington había acumulado sus principales fuerzas en sus dos alas. A su izquierda colocó á lo largo de la calzada de Namur seis de los ocho batallones ingleses de Picton, y en segunda línea los cuatro batallones hannoverianos. Los otros dos de Picton los apostó, uno en el empalme del camino de Sart-Dame-Avelines con la gran calzada de Namur, y el otro en los Quatre-Bras. A su derecha replegó en el interior del bosque de Bossú y en los Quatre-Bras las tropas fatigadas de Perpóncher, y colocó delante las de Brunswick con la caballería de Collaert. El centro, es decir, los Quatre-Bras, que constituían el punto más importante, era el que estaba menos defendido.

Ney, poseído de una turbación febril, pasó por alto estas circunstancias, y avanzó hacia el enemigo teniendo toda su línea á la misma altura, su derecha en la calzada de Namur, su centro en los Quatre-Bras, y su izquierda en el bosque de Bossú. En el instante en que se ejecutaba este movimiento, el príncipe de Orange, que veía adelantarse á la división Foy, quiso detenerla oponiéndole la caballería de Collaert compuesta de los húsares holandeses y de los dragones belgas. Desde luego lanzó contra la infantería francesa los húsares holandeses, conservando de reserva los dragones, pero apenas se pusieron en marcha los húsares, el 6.º de cazadores, conducido por el coronel de Faudois, se precipitó sobre ellos, los arrolló echándolos sobre la infantería que tenían detrás, y acuchilló hasta á los artilleros de una batería. Queriendo los dragones belgas sostener á los húsares holandeses, sufrieron la misma suerte, y los cazadores franceses los ahuyentaron en dirección de un batallón inglés, el cual, tomándolos por enemigos, los recibió á balazos, completando de este modo su derrota.

Después de este incidente, toda la línea entró en acción protegida por una numerosa artillería. A la derecha la división Bachelú, compuesta de cuatro regimientos de infantería, avanzó desplegada hasta el opuesto lado de la heredad de Gimioncourt que ya había conquistado. Necesitaba atravesar muchas laderas rodeadas de cercas que mandó á sus zapadores destruir, y marchó resueltamente sin experimentar grandes pérdidas, secundada por el fuego de los cañones de Ney. Después de la primera ladera había otra que también pudo atravesar; pero, al hallarse á esta distancia, cesó de apoyarle la artillería, porque sus tiros le hubieran alcanzado. Sin embargo, llegaba al borde de la segunda ladera dispuesta á apoderarse de un terreno llano cubierto de trigo maduro, cuando de pronto y á la imprevista fué recibida por un fuego terrible hecho por los seis batallones ingleses de Picton que estaban ocultos entre los trigos de tres á cuatro pies de alto, y que aguardaban para tirar á que estuviesen á su alcance los franceses. Este fuego, de cerca, y dirigido con gran acierto, dejó fuera de combate á muchos soldados, y Picton con gran presencia de ánimo ordenó entonces una carga á la bayoneta. La infantería francesa, vivamente rechazada sobre un ter-

no en forma de pendiente, no pudo sostener el choque, descendió con suma confusión hasta el fondo de la ladera, y se retiró al borde opuesto. Pero allí una dichosa casualidad le proporcionó inesperadamente el medio de reponerse. Sólo tres regimientos de los cuatro que formaban la división Bachelú habían avanzado; el cuarto, situado á la izquierda, que era el 108 de línea, mandado por un oficial tan valeroso como inteligente, el coronel Higonet, se había detenido para destruir una cerca demasiado fuerte, y todavía se ocupaba en destruirla, cuando notó la retirada de los tres regimientos.

Acto continuo se volvió hacia la derecha, y desplegando sus batallones, recomendóles que aguardasen su señal para disparar. Desde el momento en que los soldados que se retiraban pudieron librarse del alcance de los fusiles, ordenó el fuego sobre los ingleses, y cubrió el suelo de cadáveres. Después se precipitó sobre ellos á la bayoneta, causándoles una espantosa carnicería. Al ver esto, los soldados del 72, que eran los que más próximos se hallaban á la derecha del 108, son los primeros que se reorganizan: los demás siguen su ejemplo, y los ingleses no tardan en ser rechazados hasta el punto de donde habían partido.

La división Foy, que descubre este movimiento, le sostiene adelantándose por la calzada, y contribuye á rechazar á la izquierda inglesa. El terreno se cubre de uniformes azules y encarnados en igual número; pero para forzar la izquierda inglesa sería preciso arrostrar de nuevo el fuego pendiente de los seis batallones de Picton y de los cuatro batallones hannoverianos que los sostienen; y Bachelú, reconociendo la dificultad, toma la acertada resolución de dirigir todos sus esfuerzos contra la derecha, encaminándose hacia la heredad llamada de Piraumont, situada á espaldas de la calzada de Namur.

El general Foy avanza lentamente por el camino real con sus dos brigadas, no atreviéndose á intentar un ataque vigoroso en los Quatre-Bras, en vista de lo que acaba de suceder á su derecha, y sobre todo en vista de los obstáculos que encuentran las tropas colocadas á su izquierda á lo largo del bosque de Bossú. La bizarra división Jerónimo dirigida contra este bosque se obstina en penetrar en él, pero las tropas de Brunswick y de Bylandt, aprovechándose de su ventajosa posición, consiguen sostenerse. Sin embargo, apoyado por el movimiento de la división Foy sobre el camino real, llega á punto de apoderarse del bosque tan violentamente disputado, y á desembocar por el lado opuesto, camino de Nivelles, cuando el duque de Brunswick le acomete con una carga de caballería. Se precipita con sus hulanos sobre la infantería francesa que le detiene con sus disparos, y no tarda en ser rechazado y puesto en fuga por los cazadores y los lanceros de Piré. El valeroso príncipe cae mortalmente herido por una bala. Una vez lanzados por el camino los cazadores y lanceros franceses, persiguen á los hulanos de Brunswick, hasta llegar al punto en donde la infantería de Picton se apresura á formarse en cuadros. A pesar de estos cuadros los lanceros, conducidos por el coronel Galbois, dispersan el 42, causando en él una horrible matanza, y penetran también en el 44, cuya destrucción no pueden acabar rechazados por el fuego que sus soldados reorganizados les dirigen. Los cazadores, ansiosos de imitar á los lanceros, precipítanse

sobre el 92, que no logran deshacer; pero, acosándolos hasta los Quatre-Bras, llegan acuchillando á los fugitivos hasta la gran calzada de Namur, y durante un momento falta poco para que logren apoderarse del mismo duque de Wéllington. No pudiendo sostenerse, sin embargo, á tanta distancia, se ven obligados á batirse en retirada para reformarse detrás de su infantería.

Son las seis y las tropas de Ney se acercan á la realización de sus deseos, porque la división Jerónimo se halla á punto de desembocar por el lado opuesto del bosque de Bossú; en el centro la división Foy, apoyada por la artillería, sube la cuesta que termina en los Quatre-Bras; y á la derecha, en fin, Bachelú va á llegar de un momento á otro á la gran calzada de Namur por la heredad de Piraumont. Sería preciso en el centro un golpe decisivo para asegurar la victoria, apoderándose de los Quatre-Bras. Los instantes son preciosos, porque de todas partes acuden refuerzos al duque de Wéllington. Habían llegado sucesivamente á su lado el contingente de Nassau del general Vonkruse (1), con tres mil hombres, y la división Alten, compuesta de una brigada inglesa y de otra alemana, contando cerca de seis mil combatientes. El general inglés puede, pues, oponer treinta mil hombres al general francés, que sólo tiene diez y nueve mil, menos tres mil á los que el fuego ha puesto fuera de combate. Ney, sin apercibirse de los refuerzos que llegan á su adversario, pero notando que se aumenta su resistencia, se desespera al no poder vencerla, y cuando cuenta para lograr su intento con el cuerpo de Erlón, recibe de pronto una noticia que completa su desesperación. El jefe de estado mayor de Erlón, el general Delcambre, llegó á galope á notificarle que obedeciendo una orden imperial, escrita con lápiz y conducida por La Bedoyere, el cuerpo de Erlón, que había llamado á los Quatre-Bras, había tenido necesidad de volverse atrás para encaminarse hacia Ligny. Al saber esto, exclamó Ney que obrar de semejante manera era ponerle en una terrible situación; que con la esperanza y hasta la certidumbre del concurso de Erlón había trabado el combate con el ejército inglés que en masa tenía encima; y que sería derrotado si sus esperanzas y su certidumbre no se realizaban. En medio de esta agitación, sin reflexionar lo bastante y usando de la autoridad que le habían dado sobre de Erlón, le envía por medio del jefe de estado mayor Delcambre la orden formal de acudir á los Quatre-Bras.

En el mismo momento en que dicta esta orden irreflexiva, recibe Ney la carta escrita á las cuatro menos cuarto en Fleurus, de que era portador Mr. de Forbín-Jansón, y en la cual le prescribía Napoleón que se encaminase hacia Bry, diciéndole para excitarle, que si ejecutaba este movimiento sería inutilizado el ejército prusiano, hallándose por lo tanto *en sus manos la salvación de la Francia*. Si el mariscal hubiera conservado toda su sangre fría, se hubiera hecho una reflexión muy sencilla, la de que la acción principal no se daba entonces en los Quatre-Bras, sino en Ligny; la de que, destruido el ejército prusiano, debía sufrir infalible-

(1) El contingente de Nassau y las tropas de Nassau del príncipe de Sajonia-Weimar, que habían defendido la víspera los Quatre-Bras, no eran una misma cosa. Estos últimos se llamaban Nassau-Orange, porque se hallaban al servicio de la casa de Orange.
(N. del A.)

mente al día siguiente el ejército inglés la misma suerte; y de este modo, obedeciendo acto continuo la voluntad de Napoleón, hubiera renunciado ya á apoderarse de los Quatre-Bras, limitándose á la defensiva, que era posible como la probó una hora después, y hubiera enviado á de Erlón la orden de encaminarse inmediatamente hacia Fleurus. En media hora podía á galope un oficial transmitir esta orden, y una hora después, es decir, á las siete y media se hubiera hallado de Erlón á la espalda del molino de Bry, en posición de colocar entre dos fuegos al ejército prusiano. Pero Ney no se hizo esta reflexión tan sencilla; preocupado únicamente por lo que tenía delante de los ojos, lo único que pensó fué que debía desde luego apresurarse á vencer en el punto en donde estaba, para acudir después en auxilio de Napoleón. Como un furioso, sólo desea destruir el obstáculo que se le opone. Presenciando los prodigios que ha hecho durante el curso del día su caballería, y movido por la esperanza de conseguirlo todo con su ayuda, llama al conde de Valmy, del que sólo había empleado una brigada, y repitiéndole las palabras de Napoleón: «General, le dijo, *la suerte de la Francia se halla en vuestras manos*; es necesario un gran esfuerzo contra el centro de los ingleses y dispersar la masa de infantería que tenéis delante: si triunfáis, salvaréis á la Francia. Partid y yo haré que os apoye la caballería de Piré.» El general Kéllermann, amigo de contradecir, opuso más de una objeción á la orden que le daban; pero cedió á las convulsivas instancias del mariscal, preparándose á realizar el desesperado ataque que confiaban á su valor.

Para realizar el propósito del mariscal Ney, era preciso emplear las cuatro brigadas reunidas del conde de Valmy, que contaban tres mil coraceros y dragones; los escuadrones de Lefebvre-Desnoettes con la caballería ligera de la guardia, y después de destruir al enemigo, completar este movimiento con una masa de infantería que pudiese tomar posesión definitiva del terreno ganado. En vez de dejar á la brillante división Jerónimo con cerca de ocho mil soldados combatir contra un bosque en donde la energía de sus hombres iba á expirar delante de los obstáculos físicos, hubiera sido preciso no conservar más que una brigada de infantería para sostener el combate por este lado, y con los cuatro mil hombres restantes de la división Jerónimo, con los cinco mil de la división Foy, con los coraceros y los dragones de Valmy, los lanceros y los cazadores de Piré y de Lefebvre-Desnoettes, es decir, con nueve mil jinetes y nueve mil infantes, romper el centro de los ingleses como Massena en 1805 rompió el centro de los austriacos en Caldiero. Lleno á la vez de ardor y de turbación, Ney sólo piensa en dar golpes desesperados; pero hasta la desesperación necesita del cálculo para ofrecer los resultados que se le piden. Mientras que falta á las prescripciones más esenciales de Napoleón llamando á de Erlón, Ney se esfuerza en obedecer la orden, inoportuna ya, de dejar á Kéllermann en el empalme de la antigua calzada romana, la todavía más insignificante de economizar las fuerzas de Lefebvre-Desnoettes, y se limita á lanzar una brigada de Valmy, permitiendo que la división Jerónimo se agote y se fatigue en el bosque de Bossú.

Por poco razonable que le parezca la apremiante in-

dicación de Ney, el conde Valmy, después de permitir un breve descanso á sus caballos, se dispone á cargar con el mayor vigor, y Piré se prepara á apoyarle de frente con sus cazadores y sus lanceros. El conde de Valmy, siguiendo el camino real, sube al trote la cuesta que conduce á los Quatre-Bras, y después, volviéndose bruscamente hacia la izquierda en la dirección del bosque de Bossú, se lanza con su brigada compuesta del 8.º y del 11 de coraceros sobre la infantería inglesa del general mayor Halkett. Las balas llueven sobre las corazas y los cascos de los jinetes sin alterar su marcha. El 8.º cae sobre el 69 regimiento, le destruye, mata á estocadas á una porción de sus soldados y le arrebató su bandera, cogida en el combate por el coracero Lamí, obligándole á refugiarse en el bosque; después de reorganizar sus escuadrones se lanza Kéllermann sobre el 30, que no puede romper, pero dispersa y acuchilla al 33, luego á los dos batallones de Brunswick; y llega de este modo á los Quatre-Bras. Entretanto Piré ataca por la derecha á la infantería de Picton. Formada en muchas líneas, resiste contestando con un violento y bien dirigido fuego á las cargas de caballería ligera francesa; pero el 6.º de lanceros, que se distingue en esta jornada por sus proezas, llega conducido por su coronel Galbois á la calzada de Namur y destruye un batallón hannoveriano á espaldas de Picton, no dejando al duque de Wéllington más que el tiempo preciso para montar un caballo y huir.

La caballería francesa se apodera de los Quatre-Bras, manteniéndose en este punto, y su triunfo sería definitivo, si alguna infantería acudiera á apoyarla; si la división Foy, si una parte de la división Jerónimo, corriera á ocupar el terreno conquistado, y sobre todo si las otras tres brigadas del conde de Valmy fuesen enviadas en su socorro; pero por desgracia, lanzada bajo el impulso de la desesperación en medio de una nube de enemigos, permanece sin apoyo y no tarda en verse atacada por todas partes con descargas violentas. La infantería inglesa refugiada en las casas de los Quatre-Bras envía á los coraceros una granizada de balas. Sorprendidos por este fuego y no viéndose sostenidos, retrogradan primero lentamente y poco después con la precipitación de un terror pánico. En vano procura tenerlos el conde de Valmy en la cuesta que poco antes han subido triunfantes: la pendiente y el atropellamiento de la retirada aceleran y precipitan su carrera. Su general, sin caballo y sin tricornio, no tiene más remedio que agarrarse á la brida de dos coraceros para no quedar abandonado, y de este modo camina suspendido de dos caballos á galope. Ney en presencia de este espectáculo acude y despeja el camino con Lefebvre-Desnoettes, quien reorganiza conteniéndolos los dos regimientos de coraceros fugitivos después de haber hecho prodigios pocos momentos antes.

Ney, que en estas circunstancias despliega el incomparable heroísmo con que la naturaleza le ha dotado, reforma sus tropas y conserva con firmeza su línea de batalla. En el camino real sostiene la división Foy á la altura en que se halla, mientras que á la derecha la división de Bachelú está próxima á llegar á la gran calzada de Namur por medio de la heredad de Piraumont: después corre á la izquierda á reunirse con la división Jerónimo para apoderarse del bosque de Bossú, que no

hubiera debido ser el objeto de sus esfuerzos; pero la resistencia se aumenta de minuto en minuto. En lugar de las tropas que disputaban el bosque de Bossú sin atreverse á salir de él, aparecen de pronto soberbios batallones con actitud de querer rechazar á los franceses. Con efecto, el duque de Wéllington, que tenía ya más de treinta mil hombres, acababa de recibir los guardias ingleses del general Cooke, el resto de Brunswick, nuevos escuadrones de caballería, y sus fuerzas ascendían ya á cuarenta mil hombres, mientras que Ney apenas contaba diez y seis mil. Convertido Ney en aquel instante en lo que siempre había sido, en un león, se precipita con la división Jerónimo sobre los batallones que desembocan del bosque, y los detiene.

Recuperando en el peligro cuando es físico toda su presencia de ánimo, reconoce que si se obstina se arriesga á un gran desastre, y por fin se decide á pasar de la ofensiva á la defensiva, determinación que hubiera debido tomar desde el momento en que no había aprovechado la mañana para dispensar y vencer á los ingleses. A consecuencia de esta acertada resolución, repliega lentamente toda su línea de derecha á izquierda, permaneciendo á caballo en medio de sus soldados y tranquilizándolos con su noble firmeza. Al volver á encontrarse sobre el borde de la hondonada de donde había partido, comienza á serle favorable el terreno. Los ingleses tienen á su vez que subir una cuesta bajo un fuego hendiente de los más mortíferos. Ney les envía granizadas de balas y de metralla, y conteniéndolos tan pronto con cargas á la bayoneta como con descargas á quemarropa, emplea dos horas en llegar al borde de la hondonada que se extiende desde Frasnés á los Quatre-Bras.

Mientras que en medio de las balas que caen en torno suyo inspira miedo al enemigo y admiración á sus soldados, comprende vivamente la amargura de su situación y exclama con un noble y desgarrador sentimiento: *¡Quisiera tener todas estas balas en mi corazón!* ¡Ay! Lo que veía entonces era una victoria, comparado con lo que debía ver dos días después!

Eran las nueve: la noche envolvía con sus sombras aquellas fúnebres llanuras desde Sombreffe á los Quatre-Bras, desde los Quatre Bras á Charleroy, y en este triángulo de algunas leguas cubrían ya la tierra más de cuarenta mil cadáveres. En los Quatre-Bras Ney había puesto fuera de combate á más de seis mil enemigos con el fuego ó con el sable de sus jinetes, y había perdido cerca de cuatro mil. En Ligny, como hemos dicho, once ó doce mil franceses y diez y ocho mil prusianos yacían en tierra, y esto sin contar la multitud de hombres desbandados. Así pues, cuarenta mil soldados valientes acababan de ser de nuevo sacrificados á las formidables pasiones del siglo!

Nuestros lectores preguntarán sin duda qué fué durante esta jornada del conde de Erlón, á quien no se había visto llegar á Ligny para completar la victoria, ni á los Quatre-Bras para rechazar á los ingleses por el camino de Bruselas. La respuesta es triste: durante todo el día había andado sin llegar á ninguna parte, á pesar de un ardor sin ejemplo, esterilizado por la fatalidad que dominaba en aquellos momentos los asuntos de la Francia.

Por la mañana esperó en Gosselies órdenes, que no recibió hasta las once por medio de la comunicación

que el general Réille le transmitió del mensaje de monsieur de Flahault. En el mismo instante emprendió la marcha hacia Frasnés, y conforme á las instrucciones que le habían dado, dirigió á su división de la derecha, la del general Durette, hacia Marbais. Al verse á espaldas de los prusianos, los soldados de esta división batieron palmas y aplaudieron la previsión de Napoleón, que tan bien los colocaba. Pero apenas habían andado una legua en esta dirección, cuando los oficiales de Ney, partidos en el instante en que este mariscal se decidía á atacar á los ingleses, llegaron con la orden de que todo el cuerpo en masa se encaminase á los Quatre-Bras. La división Durutte fué, pues, como las otras guiada hacia Frasnés en medio de los murmullos de los soldados, que se desesperaban al ver que los separaban de una vía al final de la cual entreveían los mejores resultados. A cosa de las tres y media se presentó de pronto el general La Bedoyere con una escuadra del emperador, y reiteró la orden de que marchasen hacia Bry. Esta nueva contraorden inspira una nueva alegría á los soldados, que se entusiasman al volver en busca del gran triunfo que presienten. De Erlón, obedeciendo la orden transmitida por La Bedoyere, envió entonces á Ney, como ya hemos visto, su jefe de estado mayor Delcambre para participarle el incidente que le alejaba de los Quatre-Bras. Este general llenó su misión, y Ney le envió á de Erlón con la orden formal y absoluta de desandar lo andado y dirigirse hacia los Quatre-Bras. El general Delcambre llegó de cinco á seis á presencia de Erlón y contuvo otra vez más la marcha del primer cuerpo hacia Bry para encaminarle á los Quatre-Bras. Nuevos oficiales acudieron detrás de Delcambre á noticiar á de Erlón que, fiado en su concurso, se había lanzado Ney á combatir con armas desiguales á los ingleses; que si no le socorría no tenía otro remedio que sucumbir; que en este caso todos los planes de Napoleón saldrían fallidos, y que no acudiendo á los Quatre-Bras, tomaba el conde de Erlón sobre sí la mayor responsabilidad. Estas aserciones eran exageradas, y el resultado de la jornada probaba lo bastante que, reduciéndose á la defensiva entre Frasnés y los Quatre-Bras, hubiera podido ofrecer inmensos frutos en Ligny. Pero de Erlón no conocía la verdadera situación de las cosas en los dos campos de batalla; por un lado, el de Ligny, no le hablaban más que de completar un triunfo; por el otro, el de los Quatre-Bras, según le decían, se trataba de evitar un desastre; Ney, su jefe inmediato, le intimaba en nombre de su autoridad, en nombre de una necesidad urgente, apremiante, y era natural que se inclinase á obedecer á este último. No tardaremos en ver claramente que obró con desacierto, pero cedió de buena fe y con la mejor voluntad al aspecto del terror que traían pintado en su rostro los que acudían de los Quatre-Bras. Así pues, por la segunda vez desde por la mañana abandonó el camino de Bry y siguió el de Frasnés. Sin embargo, mientras se decidía á tomar este partido, conversó con el general Durutte, oficial muy distinguido que mandaba su primera división, la que más adelantada estaba en el camino de Bry, y de resultados de lo que hablaron adoptó entre las dos resoluciones que podía tomar un término medio. Por una parte Ney parecía necesitar socorro con urgencia; por la otra, una fuerza cualquiera atacando á los prusianos por la reta-

guardia podía decidir la victoria en Ligny: además, dejar desamparado el espacio comprendido entre Fleurus y Frasnés ofrecía grandes inconvenientes, porque era abrir al enemigo un camino para penetrar por medio de los dos ejércitos franceses. Por último, debía tener presente el valor de las órdenes, y si Ney era su jefe inmediato, Napoleón era el jefe de todos. Después de tener en cuenta estas diversas consideraciones, de Erlón se resolvió á marchar con tres divisiones á los Quatre-Bras, y dejó á la división de Durutte avanzar hacia Bry. Pero al adoptar esta determinación, recomendó al general Durutte que obrase con prudencia, y al saber en el camino que las cosas iban mal en los Quatre-Bras le reiteró con mayores instancias esta recomendación. De Erlón partió á reunirse á Ney con gran sentimiento de sus soldados, y el general Durutte avanzó hacia Bry poco menos que á tientas, lo que dió ocasión á que en torno suyo se pensase mal respecto de su voluntad y se le acusase como traidor, suposición muy injusta, porque este general era tan celoso como prudente y no cedía más que á las órdenes superiores. Llegó á las nueve ó las diez á Bry, en donde precipitó la retirada de los prusianos sin hacerles un prisionero, y de Erlón por su parte llegó á Frasnés á reunirse con la retaguardia de Ney cuando el cañón había cesado de disparar, y cuando ya no podía ser útil.

Tal fué la sangrienta jornada del 16 de junio de 1815, la segunda de esta campaña, consistente en dos batallas, una ganada en Ligny y la otra indecisa en los Quatre-Bras. Juzgándola bajo la impresión de los sucesos acaecidos en los Quatre-Bras y de los movimientos que en uno y otro campo hicieron inútil el cuerpo de Erlón, se le apreciaría mal.

Por de pronto puede decirse que el plan de campaña tan profundamente concebido consiguió en realidad lo que se proponía. Napoleón había ocupado victoriosamente la gran calzada de Namur á Bruselas, no en dos puntos, es cierto, sino en uno solo, el de Sombreffe, y esto era suficiente para satisfacer sus miras. Es verdad que el duque de Wéllington conservaba sobre la calzada el punto de los Quatre-Bras; pero si este punto le era necesario para reunir los cuerpos del ejército inglés y quedó dueño de él, no por eso dejaba de estar ya separado de su aliado Blücher; y para juntarse con él tenían ambos que retroceder bastante. Los ingleses se hallaban, pues, condenados ó á combatir sin los prusianos, ó á practicar un largo rodeo para encontrarlos. Este primer resultado, el único verdaderamente esencial, se había obtenido sin duda alguna. En segundo lugar, el ejército aliado que Napoleón se proponía atacar al inaugurar los combates había sido vencido y muy vencido; porque entre muertos, heridos y prófugos había perdido la cuarta parte de su efectivo, quedando reducido de ciento veinte mil hombres á noventa mil. Es cierto que hubiera podido ser derrotado de tal manera que no le hubiera sido posible volver á entrar en campaña, lo que hubiera cambiado el aspecto de las cosas, porque el ejército inglés, obligado á trabar batalla al día siguiente, hubiera sido destruido á su vez faltándole el socorro de su aliado: este resultado definitivo faltó, y fué una desgracia; pero Napoleón se hallaba entre los dos ejércitos enemigos, podía encontrarlos al uno después del otro, y ya había vencido al que necesitaba vencer primero. La

parte esencial de su plan se había por consiguiente realizado. Ahora bien: si faltó el inmenso resultado que había derecho á esperar y que hubiera cambiado la suerte de la Francia, ¿á quién echar la culpa de esta falta? La historia debe decirlo después de un maduro examen, porque si su misión es exponer los sucesos, debe también en ciertas ocasiones ser un juez. He aquí, pues, en nuestro concepto, la consecuencia que es necesario deducir de los acontecimientos tan sencillamente interpretados.

La principal reconvencción que se ha dirigido á las operaciones de esta jornada, es la de que se perdió tiempo en la mañana del 16; reconvencción sin fundamento alguno en cuanto á lo ocurrido en Ligny, por más que sea justa con respecto á los sucesos de los Quatre-Bras. Se ha razonado sobre esta cuestión como si Napoleón hubiera tenido á la mano todo su ejército en la mañana del 16, no teniendo más que hacer que ponerle en movimiento desde el amanecer; y sin embargo, no fué así. Cerca de veinticinco mil hombres pasaron la noche á la derecha del Sambra, y tuvieron que desfilar á la mañana siguiente por el puente de Charleroy y por las angostas calles de esta ciudad con un material considerable. Tampoco en el Chatelet habían atravesado el Sambra la mitad de las tropas del general Gerard, y se hallaban medio muertas de cansancio. Por efecto de una doble circunstancia necesitaban los diversos cuerpos del ejército francés lo menos tres horas, no para hallarse en línea, sino para poder avanzar hacia la línea de batalla en la que debían combatir. Además, aunque Napoleón supiera casi á punto fijo la distribución de las fuerzas enemigas, en una situación tan grave como la suya, puesto que se encontraba entre dos ejércitos, cada uno de los cuales igualaba al suyo en el número de sus soldados, era natural que no quisiese obrar de ligero, y que emplease el tiempo que las tropas tardaban en marchar, en recoger los datos más precisos y exactos. Ahora bien: el mariscal Grouchy, que hubiera debido practicar sus reconocimientos desde las cuatro de la madrugada, ha confesado por sí mismo que hasta las seis no supo ni comunicó que los prusianos se desplegaban delante de Sombreffe. Este aviso no pudo llegar á Charleroy hasta las siete, y todas las órdenes estaban dadas á las ocho y enviadas á los diversos jefes de ocho á nueve. Berthier, con su habitual prontitud para expresar el pensamiento de Napoleón, quizá hubiera ganado media hora; pero tratándose de determinaciones como las que dictó para aquel día el emperador, no es posible afirmar que se perdió tiempo aun empleando esta media hora más.

Como las tropas que caminaban á pie necesitaban algunas horas para llegar á Fleurus, mientras que Napoleón á caballo podía llegar en una, se detuvo en Charleroy para recoger los diferentes datos que le enviasen y expedir una multitud de órdenes indispensables. Así pues, al preguntarse qué es lo que hizo Napoleón en Charleroy hasta las diez ó las once de la mañana, es preciso tener en cuenta todos estos detalles antes de acusar de inactividad á un hombre que, enfermo como estaba, permaneció diez y ocho horas á caballo el 15, durmió sólo tres horas por la noche, y después se levantó al amanecer para dar principio á la sangrienta y terrible jornada del 16, que concluyó á las once de

la noche, y durante la cual pasó á caballo otras diez y ocho horas. Por último, hay una consideración más concluyente aún que las anteriores, tal es la de que el comienzo de la acción no apremiaba tanto en el lado de Fleurus como en el de los Quatre-Bras, porque si en los Quatre Bras era preciso obstruir el camino á los ingleses, delante de Fleurus, por el contrario, era menester dar tiempo á los prusianos para que desembarcaran de este pueblo con el fin de tener ocasión de combatirlos en un punto que ofrecía más ventajas á los franceses que á sus enemigos. No se puede negar que era necesario trabar la batalla lo más pronto posible para que fuera decisiva, pero no suponía esto que fuese preciso comenzarla por la mañana ó al mediodía. Por otra parte el día empezaba á las cuatro y terminaba á las nueve: tenían, pues, los ejércitos bastante tiempo para batirse y no podían perjudicar los momentos consagrados durante la mañana á la adquisición de datos positivos y á la marcha de las tropas.

De todos modos, como hemos visto, no dejó de emplearse bien el tiempo en Ligny. Hallándose Napoleón en Fleurus antes de las doce del día y encontrando á todos los generales indecisos, no dudó, y al contrario resolvió dar la batalla; pero las tropas, especialmente las de la derecha (4.º cuerpo), no habían llegado, y Napoleón tuvo que tener paciencia. A las dos de la tarde hubiera podido comenzar el combate, pero habiendo ideado la excelente combinación de llamar á su campo una parte de las tropas de Ney para coger á los prusianos por la retaguardia, quiso dejar al mariscal que se adelantase á inaugurar la lucha, y esperó inútilmente el estampido de su cañón. En su impaciencia le envió orden tras orden, y dió al fin la señal del combate á las dos y media. A pesar de la tardanza, el tiempo que quedaba hubiera bastado para sacar de la victoria todo el partido deseado, si á las cinco y media una falsa alarma concebida por Vandamme no hubiera hecho perder instantes preciosísimos y diferir hasta cerca de las siete la carga decisiva que debía ejecutar la guardia imperial. Verificada esta carga á las cinco y media, hubiera facilitado los medios de perseguir y anonadar á los prusianos: sin embargo, hubo tiempo para batirlos por completo, toda vez que perdieron entre prófugos y heridos una tercera parte de sus tropas.

Nadie puede afirmar que se emplease el tiempo tan bien en los Quatre-Bras. Si en Ligny no apremiaba hasta cierto punto, en los Quatre-Bras, por el contrario, cada minuto perdido era una desgracia. Con efecto, además de lo muchísimo que interesaba á Ney poseer lo más pronto posible el punto de reunión entre los ingleses y los prusianos, no era de menor importancia para él el interés de atacar á los ingleses antes de que pudiesen aumentar sus fuerzas. El 15 por la noche se reducían á cuatro mil hombres, todos soldados de Nassau, y el día siguiente, 16, hasta las doce no se aumentó este número. Desde esta hora hasta las dos de la tarde llegó á siete mil, y no subió de esta cifra hasta las tres y media. Ahora bien: Ney contaba el 15 por la noche con nueve mil combatientes, á las once de la mañana del 16 tenía las mismas fuerzas, y entonces hubiera podido elevarlas á veinte mil. Con respecto á las órdenes verbales que le dió Napoleón el 15 por la tarde, sería preciso dar asentimiento á las mayores inverosimilitudes

para suponer que no hiciese en ellas indicación de los Quatre-Bras; pero en todo caso, el 16 por la mañana, las órdenes escritas que le entregó Mr. de Flahault á las diez y media, y reiteradas muchas veces después, contenían la indicación formal de los Quatre-Bras y la prescripción de apoderarse de este punto á toda costa; desde las diez y media de la mañana hasta las tres y media de la tarde tuvo cinco horas en las cuales hubiera podido anonadar con veinte mil hombres á la división Perpóncher que sólo contaba con siete mil.

A decir verdad, Ney á las once de la mañana, es decir, después de recibir las órdenes escritas de Napoleón, no titubeó y concluyó por querer fuertemente llevar á cabo el ataque de los Quatre Bras; pero habiendo resuelto el general Reille detener la marcha de las tropas á causa de su informe mal interpretado del general Girard, Ney tuvo necesidad de esperarlas hasta las tres de la tarde. Así pues, á partir de las once no fué suya la culpa, y á las dos, cuando quería lanzarse bruscamente sobre el enemigo, todavía el general Reille, preocupado por sus recuerdos de los sucesos de España, le contuvo, con la mejor intención, pero lo cierto es que le contuvo de nuevo. Por último, cuando emprendió formalmente el ataque, los ingleses contaban con fuerzas iguales á las suyas y no tardaron en aumentarlas.

Como se ve, en los Quatre-Bras fué deplorablemente perdido el tiempo el 15 por la noche, y durante la primera mitad del día siguiente perdido en el paraje en donde más importaba que no se perdiera.

He aquí cuanto puede decirse con respecto al empleo del tiempo, y he aquí ahora cuanto puede añadirse relativamente al modo de obrar de los generales que mandaban las dos porciones del ejército francés. La primera combinación de Napoleón en Ligny es una de las más brillantes de su carrera militar. Viendo á los prusianos, sin cuidarse de su derecha ni de su retaguardia, desplegarse entre Ligny y Saint-Amand, á pesar de tener á sus espaldas los cuarenta y cinco mil hombres del mariscal Ney, concibió el pensamiento de hacer caer sobre ellos una parte de estos cuarenta y cinco mil hombres, medida que debía dar por resultado la aprehensión de una mitad del ejército de Blücher. El general Rognat, juez severo de Napoleón después de su caída, hubiera querido que adoptase otra maniobra, la de atacar por la extremidad de los tres Saint-Amand, es decir, la de atacar con el extremo izquierdo el extremo derecho de los prusianos, para rechazarlos hacia Sombreffe y separarlos de los ingleses. Napoleón en Santa Elena ha combatido estas críticas con la altanería de un genio ofendido que responde á la medianía presuntuosa y denigrante. No se trataba, como ha dicho muy bien, de separar á los prusianos de los ingleses, misión confiada á Ney en los Quatre Bras, sino de arrebatarles una porción de su ejército, y volviéndose Ney hacia ellos les hubiera cogido un número considerable de hombres. En fin, cuando por causa de retrasos y de interpretaciones deplorables abortó esta excelente combinación, decidiéndose Napoleón á penetrar por medio de la línea enemiga más allá de Ligny, probó una vez más su inagotable fecundidad de recursos en el campo de batalla.

En los Quatre Bras no sucedió lo mismo. Ney, más

heroico que nunca, perdió toda su sangre fría, y agotó los recursos de sus dos alas, á la derecha delante de la heredad de Gimioncourt, á la izquierda contra el bosque de Bossú. Las cargas prodigiosas de su caballería, estériles por falta de apoyo, demostraron que en el centro, es decir, en los Quatre-Bras hubiera podido interponerse entre la línea enemiga. Con efecto, si en vez de contenerse por una orden revocada y por otra posterior y por los acontecimientos mismos, hubiera Ney lanzado á la vez las cuatro brigadas de Valmy y la caballería ligera de Lefebvre-Desnoettes, lo que con la caballería de Piré le hubiera proporcionado un contingente de siete mil jinetes; si en vez de forzar á la brillante división del príncipe Jerónimo, que constaba de ocho mil hombres, á agotar sus fuerzas luchando contra sus enemigos guardados en el bosque de Bossú, hubiera dejado enfrente de este bosque una brigada del general Foy y hubiera precipitado sobre los Quatre Bras siete mil caballos y ocho mil hombres de infantería, hubiera ciertamente destruido el centro del duque de Wellington, rechazado una parte de sus tropas por el camino de Nivelles, la otra por el de Sombreffe, y conquistado de este modo la preciosísima posesión de los Quatre Bras.

Además este triunfo, deseable sin duda alguna, puesto que hubiera abatido el orgullo de los ingleses destruyendo una porción de sus fuerzas; este triunfo, repetimos, no era lo que más importaba conseguir en la jornada del 16. Gracias á la admirable firmeza de Ney, al fin del día se había ocupado, contenido á los ingleses en los Quatre Bras, lo que era esencial; y nada hubiera habido que sentir, si de Erlón, llamado tan pronto hacia la derecha como hacia la izquierda é ineficaz en ambas partes, no hubiera permitido la evasión del ejército prusiano, en el cual podía haber hecho prisioneros á la mitad lo menos de sus soldados. Esta fué la verdadera desgracia que hubo que lamentar aquel día, lo que hizo de la batalla de Ligny, en vez de un triunfo decisivo, una victoria gloriosa, ciertamente importante, pero muy inferior á lo que hubiera podido ser con respecto á sus resultados. En esta desgracia es en donde se manifiesta con rasgos siniestros la invencible fatalidad que en aquellos últimos días echó por tierra las más profundas combinaciones, el más extraordinario heroísmo. No puede uno menos de confundirse al ver cuántas veces estuvo de Erlón á punto de prestar señalados servicios, y cuántas fué separado de este fin en el momento de llegar á realizarle, con desesperación de los soldados, más previsores que sus jefes en aquella ocasión.

Esta fué, lo repetimos, la verdadera desgracia de la jornada del 16. Y ¿tuvo alguien la culpa de esta desgracia ó fué puro rigor de la fortuna? He aquí lo que nos falta examinar. Napoleón, sabiendo que en los primeros momentos debía tener Ney pocos enemigos delante, podía muy bien pedirle doce ó quince mil hombres de los cuarenta y cinco mil, para un fin completamente decisivo, más decisivo aún que la ocupación de los Quatre-Bras. Así, pues, no fué una torpeza de su parte la orden que envió á de Erlón. En cuanto á Ney, hubiera debido, al recibir esta orden, resignarse á pasar acto continuo á la defensiva, que era posible con veinte mil hombres, como lo probó dos horas después, y privarse de de Erlón para enviarle en auxilio de Napoleón.